









en el brazo izquierdo de la Virgen. Diagonales a derecha e izquierda forman un triángulo, dentro del cual, quedan inscritas las imágenes de la Virgen y el Niño, cuyo vértice se encuentra en la joya central de la corona y su base en el límite inferior del cuadro. La prolongación de las diagonales en la parte superior rigen el dosel y las manos de los ángeles. Éstos parecen estar organizados a base de dos curvas concéntricas virtuales colgantes, pero a las que no se ajustan con rigor. Dos ejes verticales a uno y otro lado del central y equidistantes del mismo pasan por los brazos de las figuras a ambos lados de la parte inferior de la composición; el eje de la izquierda limita los ángeles de este lado. Un eje horizontal en la parte baja pasa por los brazos de las dos figuras arrodilladas; el eje superior correspondiente pasa por el tocado de la Virgen. Otro eje horizontal en la parte inferior marca el escalón de la plataforma sobre la que se encuentra el trono de la Virgen.

La forma piramidal que estructura y limita el grupo de la Virgen y el Niño le da significación e importancia, pues la atención se enfoca centralmente en las divinas personas, en la parte superior del triángulo. La mitad superior del cuadro está destinada al mundo ultraterreno, celestial o divino; la mitad inferior al mundo terrenal, con la imagen de San José del lado izquierdo y otra imagen, no identificada (¿Santa Ana?), al lado derecho, ambas arrodilladas en actitud de adoración. Así, quedan bien definidos los campos, mas, sin embargo, la cabeza de San José invade la zona celestial y, en cambio, las piernas del Niño la terrenal, como también medio cuerpo de la Virgen. De esa manera queda sugerida su participación en ambos mundos. Las imágenes inferiores, a derecha e izquierda, subrayan la forma piramidal, si bien sus partes principales se encuentran fuera de ella, salvo las manos, y hasta su tratamiento pictórico, duro y con los paños un tanto acartonados, difiere del grupo central y de los ángeles, mucho más finos, salvo el manto de la Virgen que cubre sus piernas. Todo ello fue intencional en el artista y aunque desconcierta a primera vista, se comprende la distinción entre ambos mundos que quiso marcar, y que le resta unidad a la pintura.

La esbeltez de la parte superior de la imagen de la Virgen, y la arquitectura en perspectiva sugieren un incipiente manierismo. Si se compara este tipo de composición piramidal con otras semejantes (*Anales* 28, 1959), no obstante las diferencias, de la pintura barroca de la Nueva España, por ejemplo, con la *Adoración de los Reyes*, de José Juárez, 1655, se verá que no es de excepción en lo fundamental, además de que tiene larga tradición desde la pintura renacentista.